

XIV

Principio á estar algo cansado. Lourdes, vacío ayer, se ha llenado otra vez; otra vez comienza la chillería de los Ave Maria; tres semanas hace que voy, cada día, al hospital y á la clínica, haciendo vagamente oficio de médico. Ahora faltan los casos exorbitantes, las caras de pesadilla, como la del campesino de Coutances; las cabezas de larvas, como la de aquella mujer cuyo un ojo, cual el de una babosa, bailaba en la punta de un tentáculo. Salvo un anciano cuya tez gris perla me recuerda la de ciertos obreros, empleados en las manufacturas de tabacos, todos los recién llegados son enfermos sin lujo de horror particular, sin sello especial. A tantos he visto de ese género, que ya no me detengo junto á las camas. De vivir siempre aquí, acabaría uno por desinteresarse de los padecimientos corrientes, para sólo exaltarse ante los escapados de clínicas especialísimas, ante mons-

truos. Se siente uno ganado por el vértigo de los excesos; ahora me doy cuenta de ello, ahora que ya no hay llegadas diarias de seres que no parecen pertenecer á la humanidad; pero lo que sobre todo siento es la necesidad de no verme ya, la necesidad de no oler esa atmósfera compuesta de polvo, de vainilla y de pus, que es el olor característico de Lourdes.

El espectáculo que veo desde mi ventana, la nueva ciudad acostada en el fondo de almofia de sus montes, no me entusiasma. ¿Es porque desciendo, por el lado de mi padre, de un país marítimo y de suelo llano? no lo sé; pero noto que tengo, cada vez menos, el sentido de la montaña; me hace el efecto de un océano estancado; la única vida que la anima es debida á una superchería del cielo: las nubes que juguetean sobre los picachos desempeñan el papel de olas mudas; saltan y coronan de espuma sus cimas secas; sin ellas sería esto la inmovilidad absoluta, la muerte de la tierra esterilizada por el abuso de los fríos. Lo peor es que estas montañas, al mismo tiempo que son muy altas, no parecen serlo; y que, lejos de sugerir una idea de infinito, sugieren una idea de ahogo. No, no soy alpinista. Las ascensiones teatrales que se efectúan, como todo el mundo sabe, con las corvas ceñidas por vendas de lana de Escocia, y con bastones picudos, no me seducen. Aún me queda la suficiente imaginación para poder, sin

moverme de una butaca, representarme horizontes cuya inmensidad es algo más considerable que la que se desarrolla desde lo alto de los montes; lo bello es menos lo que se ve que lo que se sueña; y, lo confieso, había yo soñado con un Lourdes muy distinto; pero, en fin, puesto que me he puesto á hablar de estas cosas, he de decir que la naturaleza me emociona más en anchura que en altura y que la tan melancólica travesía de las Landas, con sus puestas de sol que se difunden en la extensión de los pinos, me impresiona algo más que todos esos sitios donde hay picos tan elevados y témpanos tan reducidos.

En todo caso, estoy harto de los peregrinos y de estos paisajes; me quedo, pues, hoy en mi cuarto, y me pongo á hojear libros sobre las imitaciones de Lourdes, organizadas por Bélgica y Turquía.

Y me digo que la Virgen de Lourdes desconcierta, pues las imitaciones valen el original, y hasta, á veces, son más fértiles en milagros, más activas.

La historia, en Bélgica, del Santuario de Oostakker, situado en una aldea, en medio del parque de Sootendriesch, á cinco kilómetros de Gante, es, cuando menos, singular. Comienza por un proyecto mundano que no le interesa á la Virgen. En 1870, estaban muy de moda las colecciones de peces en las familias ricas de Bél-

gica. Una tal marquesa de Courtebourne, dueña del Castillo de Sootendriesch, imagina construir un acuario, y como no va un acuario sin una falsa gruta, se decidió á mandar hacer una. Ya que quedó elegido el sitio en su parque, comienzan las obras. En esto, el cura de Oostakker, el abate Moreels, enseña una imagen de la gruta de Lourdes á la marquesa, y la decide á reservar, entre las rocas, un nicho para colocar en él una estatua de la Inmaculada Concepción, imitando á la de los Pirineos. Todo ello quedó terminado en 1871; y, tres años después, el reducido número de campesinos de la aldea que venían á rezar ante el acuario y la Virgen, había engendrado, no se sabe cómo, millares de visitantes. Un día acudieron hasta diez mil personas, — y hubo milagros.

El primero que fué registrado data del 12 de febrero de 1874; la beneficiada fué Matilde Verkimpe, niña de diez años, domiciliada en Loochristi. Estaba coja, no podía andar sin muletas; todos los médicos de los hospitales de Gante habían declarado que renunciaban á intentar de curarla. Va su madre á pedir su curación á la gruta, trae agua de Lourdes que allí dan, y, durante una novena, fricciona con dicha agua la pierna de su hija; y al terminar la novena, la pequeña se halla instantáneamente curada y puede ir, á pie, á darle gracias á la Virgen.

JUN 1875
 BIB. IOTICA UN.
 "ALFONSO REYES"
 1846. 1825 MONTERREY, MEXICO

Y siguen efectuándose milagros; la costumbre es dar tres veces la vuelta á la gruta; se lociona la gente con agua de un pilón, caída del acuario, en la que se echa, cada mañana, algunas gotas de la fuente de Lourdes, y las enfermedades más diversas, cuales son coxalgias y ceguerras, desaparecen, tan pronto como las toca ese líquido.

En mayo de 1875, para responder á las necesidades de los peregrinos, levantóse una iglesia de estilo ojival, sin crucero, de dos campanarios; confiése el servicio de las peregrinaciones á los Padres Jesuítas de la provincia belga, y Oostakker se hizo célebre en Flandes. Arden millares de cirios, como en Lourdes, y pirámides de ex-votos se alzan, por encima de la gruta, en los árboles.

En 16 de febrero de 1867, un campesino llamado Pedro de Rudder, domiciliado en Jabbeke, aldea situada cerca de Brujas, se cayó de un árbol y se rompió una pierna; había fractura de la tibia y del peroné, y tan numerosos eran los fragmentos de los huesos, que, al mover la pierna el enfermo, se oían, según expresión del médico que le asistió primero, los huesos chocar unos con otros, cual avellanas dentro de un saco. Retirados de los tejidos dichos fragmentos, podían discernirse, en la llaga, los dos huesos, quedados intactos, distantes de tres centímetros uno de otro.

Entonces no era conocida la antisepsia, y por más que se vendó la pierna lo mejor que se pudo, jamás pudieron juntarse los dos huesos, por impedirlo el pus; la parte inferior del miembro, que ya no estaba soldada á la otra, parecía un badajo, moviéndose hacia todos lados.

Los cirujanos que vieron al desgraciado declararon el caso incurable, y el profesor Thiriart, de Bruselas, consultado en último término, propuso cortar la pierna. De Rudder rehusó; padeció durante más de ocho años atroces tormentos, obligado á curar, varias veces al día, la horrible llaga cuya inmundicia no cesaba de manar, arrastrándose, como podía, sobre muletas.

Había oído hablar de Oostakker, y resolvió ir á pedirle á la Virgen su curación. El 7 de abril de 1875, tres hombres lo izan al tren que iba á salir para Gante; al llegar á esta ciudad fué metido en el ómnibus de Oostakker, y su pierna, por bien envuelta que estuviese, dejaba escapar hilos de pus y de sangre que atravesaron los paños y mancharon el asiento del coche; llegado ante la estatua de la Virgen, descansa un poco, bebe un sorbo de agua y quiere, como los demás peregrinos, dar tres veces la vuelta á la gruta. Sostenido por su mujer, dos veces anda el trayecto, y, ya sin fuerza, se deja caer sobre un banco. Suplica á Nuestra Señora de Lourdes que lo cure, y, de repente, pierde la cabeza, no sabe dónde está, y, al recobrar su conocimiento, se halla de-

lante de Ella, de rodillas, y se levanta, curado. Ningún agujero, los huesos se han juntado : ni siquiera cojea, pues las dos piernas son de igual longitud.

Este prodigio tuvo gran resonancia en Flandes; veintidós médicos examinaron el caso; efectuáronse minuciosas investigaciones, dirigidas, para más imparcialidad, por los católicos y los incrédulos; se pidió dictamen á todos los médicos que lo habían asistido, se interrogó á todos los individuos del pueblo de Jabbeke que habían visto, el día mismo de la salida del enfermo para Gante, el estado de la herida; fué sometido de Rudder á los más rigurosos exámenes : no hubo más remedio que admitir la autenticidad de aquel hecho sin precedente, de una llaga curada sola, en un segundo, y de un fragmento de hueso de tres centímetros, destinado á sustituir el que faltaba, crecido instantáneamente, después de una oración.

Quedaba, justo, sobre la pierna, una mancha azulada en el sitio de la rotura, como para atestiguar que no había sido uno juguete de una ilusión, que la rotura había, en efecto, existido.

Transcurren veinte años, sin nunca flaquear la pierna curada; y de Rudder, atacado de neumonía, muere, á los 75 años de edad, el 22 de marzo de 1898. El 24 de mayo del año siguiente hacen la autopsia de dicha pierna; y ven que la Virgen no ha querido hacer cosas extraordina-

rias : se ha contentado con curar la pierna como hubiera podido hacerlo un buen cirujano, de haber sido posible la operación; sólo que Ella la ha hecho posible por la inmediata supresión de un foco purulento, por la espontánea creación de un hueso.

Esa autopsia de un milagro es ciertamente la más extraordinaria prueba que ha podido ser suministrada, de una acción sobrenatural remediando la impotencia humana en las curaciones de nuestro pobre mundo. Con esto quedan reducidas á la nada las llagas nerviosas de Zola, la autosugestión, la fe que cura, y todas las bromas de las escuelas de la Salpêtrière y de Nancy.

Aquí no hay puerta por donde poder escaparse, como dice muy bien el Dr. Boissarie, en los Anales de Nuestra Señora de Lourdes : « Podemos decir que, durante 32 años, los médicos no han perdido de vista á de Rudder; con una persistencia incansable han esperado su muerte para hacerle la autopsia y ver por medio de qué procedimiento podía Dios curar las fracturas de las piernas.

« Merced á los materiales reunidos por ellos, la curación de Rudder quedará como un modelo de lo que puede conseguirse por medio de averiguaciones bien conducidas.

« No hay, en la ciencia, hecho más concluyente. »

Lo que al pronto puede parecer extraño es que tal milagro, acaso el más claro que haya podido el

hombre ver y tocar, se haya efectuado, no en Lourdes mismo, sino en una de sus sucursales. Sin embargo, pensándolo bien, no es extraña tal elección. Admitamos que se hubiera efectuado en Lourdes la curación de Rudder : los incrédulos se habrían apresurado á negarla ; en todo caso, hubieran rehusado tomar parte en las pesquisas, así como rehusan, á pesar de cuanto á ello se les invita, el venir á asegurarse de la veracidad de los fenómenos que se observan en la clínica de Lourdes.

El reducido número de personas independientes, deseosas de comprobar y de estudiar de visu esta curación, acaso hubiesen retrocedido ante la pérdida de tiempo y los gastos bastante crecidos que suponen en Francia recorridos en ferrocarril ; en una palabra, nadie hubiera querido, ó podido, encargarse, por cuenta propia, de semejante tarea.

No así en Bélgica ; los viajes, en ese minúsculo país, son siempre poco costosos y rápidos ; y luego, hay en el temperamento flamenco algo de que carece el temperamento francés, más nervioso y más rápido : un lado minucioso y metódico, administrativo, hasta pesado ; si se quiere, pero capaz de no descorazonarse, de no salirse del camino que se ha trazado, y á esas cualidades, ó á esos defectos, como se quiera, debemos el estar tan bien informados acerca de Rudder.

Las razones que acabamos de apuntar hacen

que se comprenda la elección, decidida por la Virgen, de un país á la vez flemático y quisquilloso. Nótese, además que lo mismo hizo su Hijo, cuando quiso imponer al mundo el nombre de una de sus estigmatizadas : Luisa Lateau. También la tomó en Flandes, y fué objeto de averiguaciones profundas, de toda clase de experimentos ; los médicos de todas opiniones fueron á visitarla á su pobre choza de Bois d'Haine. Luisa Lateau es célebre en todo el universo. ¿ Quién conoce á otra estigmatizada de Francia que parece ofrecer toda garantía de verdad ? Salvo algunos médicos católicos, como el Dr. Imbert-Gourbeyre, que fué encargado, por monseñor Fournier, el antiguo obispo de Nantes, de escrutarla, de vigilarla estrechamente, nadie, en la terapéutica, se ha ocupado de ella, desde hace más de veinte años que está tendida en una cama ; y, excepto algunos místicos, todos ignoran á María Julia Jahenny de la Fraudais...

Lo mismo ocurriera con Luisa Lateau si, en vez de residir en Bélgica, hubiese vivido en Francia.

Volviendo á Rudder, los huesos de su pierna se conservan en la Universidad de Lovaina, pero se ha hecho de ellos un vaciado en cobre que ha sido concedido á Lourdes, en donde puede verse, en la oficina de la clínica médica, sobre el despacho del Dr. Boissarie.

Tal es, en pocas palabras, la historia del Santuario de Oostakker-les-Gand.

El que fué instaurado en el arrabal de Feri Keuf, en Constantinopla, se explica fácilmente, por poco que recordemos cuánto, desde hace siglos, y á pesar de los esfuerzos del Islám, se ha mantenido fogosa y continua la hiperdulía en los cismáticos de Levante.

En Oriente nació el culto de la Virgen. Según una antiquísima tradición mencionada por el cardenal de Vitry y por los Bolandistas, y que se halla en las revelaciones de María de Agreda, fundó san Pedro, en vida de la Virgen, un oratorio en loor suyo en la ciudad de Antarados. Dicho santuario fué, pues, el primero erigido sobre la tierra bajo su vocablo.

Desde entonces, las iglesias dedicadas á su nombre se han propagado en todas las regiones de Oriente, y algunas de ellas, en la Edad Media, fueron tan famosas, que atraían, como ahora Lourdes, á peregrinaciones del mundo entero; dos sobre todo: Nuestra Señora de Tartasa, en donde, dice Joinville, « ha hecho Nuestro Señor muchos hermosos milagros para honrar á su Madre », y Nuestra Señora de Saidnaya, en donde se veneraba el retrato de la Virgen atribuido á san Lucas.

Y, así como el culto de la hija de Joaquín había precedido al nuestro en Levante, así el de la Inmaculada Concepción era solemnizado por los griegos desde el siglo XIII, cuando todavía, en Occidente, había de discutirse por largo tiempo

la cuestión de saber si tal privilegio podía ser concedido á la Madre del Salvador.

En fin, en ningún sitio ha sido María reverenciada y adulada de manera tan persistente y tan magnífica como en las liturgias del Oriente. Los oficios de sus distintos ritos desbordan de efusiones, de gritos de entusiasmo, de elogios inflamados, al lado de los cuales nuestras oraciones oficiales resultan bien mezquinas y bien frías. A más de los ardorosos arrebatos y de las cariñosas hipérboles de sus himnógrafos y de sus músicos, sus misas mismas, á la vez tan dramáticas y tan familiares, celebran sus alabanzas como ninguno de nuestros servicios divinos sabe hacerlo. Todas las misas armenias, maronitas, siriacas, comienzan por una oración que le es personalmente dirigida, al pie del altar, por el sacerdote, antes de comenzar el Confiteor; el Sacrificio se efectúa bajo su tutela; en el rito copto, inciénsase su imagen durante los santos misterios. En cuanto al rito caldeo, once veces al día preconiza su misericordia y sus grandezas.

El puesto ocupado por Ella en los oficios de Levante es, ya se ve, mucho más considerable que en los nuestros; eso sin contar la costumbre establecida en los templos de poner su imagen, rodeada de flores, sobre el altar, y, después de incensarla y de cantar las Letanías, de bendecir con ella al pueblo.

Como se ve, la Virgen es más adulada y amada

en esas regiones de donde, por cierto, es Ella originaria, y se comprende que ame á esas poblaciones que fueron, en suma, sus primeras confidentas, sus más antiguas amigas.

De donde resulta muy natural que las haya admitido á participar de las mercedes que distribuía Ella á los fieles de Occidente; y si ha escogido, como dispensario de sus beneficios, á Constantinopla, acaso sea porque la fama de sus milagros podría, desde allí, esparcirse mejor por el Asia vecina, y quizá también porque en esta ciudad fué definida y proclamada su Virginitad perpetua, contra los herejes.

Para organizar esa sucursal de Lourdes en Turquía, ha empleado medios muy prácticos y rápidos.

No se ha aparecido á una nueva pastora, no ha creado un nuevo manantial, pues lo probable es que, en país infiel, levantarán sus apariciones ráfagas de fanatismo, suscitando al mismo tiempo luchas en todas partes; no se ha transportado en persona, sino que se ha hecho transportar sin ruido, de Lourdes á Constantinopla, en donde, de oídas, se conocía su fama de « Panaghia de los milagros »; y, desde allí, ha irradiado en el Levante.

La manera de efectuarse su traslación de Occidente á Oriente es de las más sencillas.

Los Padres Georgianos que, en 1872, habían fundado en Montaubán, una residencia para la

educación de sus novicios, tuvieron que salir de Francia, en 1880, á consecuencia de los decretos de expulsión, y regresaron á Constantinopla, en donde estaba instalado su convento. En 1881, el 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, dedicaron en su capilla un altar á Nuestra Señora de Lourdes, pusieron encima una estatua parecida á la de la gruta y pidieron agua de la fuente milagrosa.

No fué menester más para decidir el inmediato brote de milagros sorprendentes; tan numerosos fueron al cabo de poco tiempo, que el cardenal Vicente Vanutelli, entonces arzobispo de Sardes y delegado apostólico de la Santa Sede en Turquía, tuvo que instituir una comisión de indagaciones para el examen de las curaciones.

Parálisis, epilepsias, cánceres, desaparecieron en un momento; un judío de Orta-Keuí, sordo de ambos oídos, y un niño de trece años, con los pies torcidos de nacimiento, fueron curados en un minuto; pero, sobre todo, los ciegos y los vizcos, fueron los que obtuvieron curaciones instantáneas; las oftalmías, tan frecuentes y tan tenaces en las regiones de Levante cedieron después de una simple loción y de oraciones. Enorme fué el ruido determinado por estos hechos extraordinarios, y personas de creencias completamente opuestas vinieron á visitar, en la capilla de los Padres Georgianos, á Nuestra Señora de Lourdes.

Además de mujeres de todas castas, bajas, oficiales y soldados turcos, eunucos y derviches, se mezclaron á la muchedumbre que invadía el convento. Griegos, armenios, búlgaros cismáticos, musulmanes, judíos, fueron curados lo mismo que los católicos. La Inmaculada Concepción no parecía preocuparse mucho de la diferencia de cultos y, sobre todo, desde el punto de vista de gracias temporales, del axioma de « fuera de la Iglesia, no hay salvación ». Además, siempre había obrado así, pues en 1203, en su santuario de Nuestra Señora de Saidnaya, había curado milagrosamente á mahometanos, y salvado de una enfermedad mortal al Sultán de Damasco, hermano de Saladino, quien, por agradecimiento, quiso tener á perpetuidad una lámpara encendida, en la iglesia, delante de su ícona.

Por otra parte, todos los hombres cristianos ó no, ¿ no son sus hijos, y no ha encarnado Cristo para redimirlos á todos ?

Finalmente, como los católicos son poco numerosos en Turquía, la capilla de los Georgianos hubiera sido una bien miserable sucursal de la gran peregrinación de Lourdes, á lo sumo un pobre puestecillo de oraciones, á no ser por la masa de musulmanes y cismáticos que acudieron. Seguramente, debió de ser curioso el espectáculo que ofrecían aquellas comitivas, en que se confundían todas las creencias, implorando á La que

ellos nombran « Meriem-Ana ó Bikir Meriem » y pidiendo y obteniendo curaciones, por vías que son hasta más litúrgicas que en Lourdes.

En efecto, procedíase así:

Después de las exoraciones en la capilla, delante del altar de la Virgen, los peregrinos, hombres y mujeres, iban á la sacristía. Allí se les rociaba con agua bendita y se les leía el Evangelio del día; se les bendecía con el Evangelario puesto sobre la cabeza y se les daba á besar la cruz grabada sobre la cubierta del libro.

Y las curaciones se efectuaban bebiendo después agua de Lourdes ó friccionándose con la misma ó con el aceite de las lámparas encendidas ante el altar de la Madona, en la iglesia.

A veces, también, las mahometanas desdoblaban pañuelos ó camisas, destinados, según la costumbre turca, á ser usados por las personas para quienes pedían la vuelta á la salud, y, antes de las oraciones, los colocaban sobre las primeras gradas del altar, recogidos después.

De esto hace ya algunos años: en esta capilla se quemaban de cuatro á cinco mil cirios y se distribufan gratuitamente cantidades considerables de agua y de medallas.

De Mesopotamia, del Turquestán, pedían envíos, y, lo que es más extraño, de Medina y de la Meca, las dos ciudades del Islám!

Entre las curaciones reconocidas por la Comisión de averiguaciones, figura una, especial-

mente interesante, porque reproduce la cura, famosa en Lourdes, de la mujer de la aguja.

En el tomo tan verídico y tan lúcido del Dr. Boissarie : « Lourdes, desde 1858 hasta nuestros días », se halla la historia detallada de dicha mujer á quien él ha observado y estudiado muy de cerca ; puede resumirse en pocos renglones :

Celestina Dubois tenía, desde hacía siete años, un pedazo de aguja en la palma de la mano, que se hinchó, y los dedos, contraídos, se replegaron. Le habían hecho incisiones, y ensanchado la herida durante tres semanas : nunca pudo extraerse el pedazo de aguja.

El 20 de agosto de 1886, metió la mujer su mano en una de las piscinas de Lourdes, y la aguja, abriéndose un surco de ocho centímetros, salió sola, por la extremidad del pulgar, después de haber recorrido un repentino trayecto, bajo la piel.

En noviembre de 1882, es decir, cuatro años antes de este acontecimiento, en Constantinopla, una armenia católica de Pera vino á la capilla de los Georgianos con un trozo de aguja perdido dentro de un dedo ; los cirujanos renunciaban á extraerlo ; la inflamación había ganado la mano y el brazo, y los dolores eran atroces. Aquella mujer hizo una novena delante del altar, y, al final de la novena, la aguja salió por sí sola, é inmediatamente cesó la inflamación.

¿Qué ha sido, desde aquella época, de la capilla de Feri-Keuí? — Un artículo de uno de los más importantes periódicos de Constantinopla, « El Stambul », me dice que en este año de 1906, se han celebrado las bodas de plata de aquel santuario. El conventito de los Padres Georgianos se ha convertido en una vasta abadía, pero la iglesia sigue siendo la misma. Millares de ex-votos cubren sus paredes ; multitudes, pertenecientes á todas las religiones, siguen afluyendo, y, como antes, la Virgen dispensa sus mercedes.

Sucursales de Lourdes existen en otros países, en Francia, en Italia, en España, en Austria ; los misioneros han fundado templos bajo su advocación en América y Oceanía, en la China y en las Indias. Desgraciadamente, faltan informes precisos y cuidadosamente comprobados, sobre los incidentes milagrosos, que sin duda se producen en aquellos sitios.